

En el Buenos Aires de finales de los años veinte, se cuece a fuego lento el fin de distintas ambiciones revolucionarias. Los ecos de una Europa con ambiciones socialistas, la Rusia de los zares a medio destruir y el ambicioso crepitar de los anarquistas, son algunos flecos del final de la Primera Guerra Mundial: millones de muertos, hambrunas y abatimiento de tantas familias rotas.

Allá en el sur, en la Argentina que se nutre de una desproporcionada llegada de europeos a un lugar con muy escasa capacidad productiva, es decir, con pocas posibilidades de dar trabajo, se vive sin ley ni orden: campea sin miramientos la ley del más poderoso, se imponen elecciones ganadas a golpe de dinero, sobrevive como puede una masa humana comprada con magras bolsas de comida, mucho vino y enorme abuso de poder. Los inmigrantes han de esforzarse al máximo para sobrevivir, muchos perecen incluso antes de empezar, después de largas semanas en barcos malolientes con sobrecarga de hambrientos y enfermos.

La mayoría de polacos, italianos, alemanes o españoles salen de situaciones límite. Viajan con exageradas fantasías de un mundo mejor. Se embarcan para «hacer las Américas», para habitar «tierras de promisión, tocadas por la mano de Dios». Los éxitos de unos pocos han creado leyendas de triunfadores. Pero la realidad es muy distinta. No es fácil encontrar buena ocupación, ya se han instalado diversos grupos de poder que explotan las necesidades más elementales. En la década

de 1920, la mafia siciliana monopoliza la trata de blancas, el negocio más próspero ante la inmensa mayoría de hombres solos. Y los tentáculos del pulpo mafioso llegan a todas partes, sobre todo a las necesidades más imperiosas.

Quienes trabajando de doce o catorce horas diarias consiguen algún fruto perdurable, temen que todo sea para nada, que toda conquista resulte transitoria. Tanto han visto y sufrido que deben luchar como sea contra

la idea de fatalidad, porque quita fuerzas, desarticula la energía que tanto cuesta conseguir. En medio de estos difíciles avatares, donde bracean las primeras huelgas proletarias y arrecian las primeras grandes represiones, un hombre italiano busca fortuna. Y la consigue.

Brega sin desmayo y logra hacerse con unas hectáreas de campo, con su poco de frutos de la tierra y su escaso ganado, suficiente para abrirse camino y mantener a su laboriosa mujer, incapaz de doblegarse ante los contratiempos.

Una tarde, el largo litigio que le enfrenta a un despótico vecino y su prepotencia por delimitar los campos a su antojo, acaba en violencia irremediable. Un arma de fuego en mano cargada de odio, después el disparo ardiente, la bala que quema y, unida a otras municiones no menos destructivas, acaba con la vida del tano ingenuo y campechano. Cae muerto a los pies de su esposa y de uno de sus tres hijos, Jorge Bugni, de diez años.

La mujer se ve impotente ante semejante barbarie y, a sabiendas de que nada podrá hacer para recuperar su tierra, prepara lo mejor que puede a los chicos y juntos marchan a la gran capital, Buenos Aires.

Con mucho esfuerzo, Jorge Bugni logra estudiar y abrirse camino como funcionario. Pasa por varios ministerios. Prospera. Se casa con una bella muchacha de origen francés. Tienen dos hijas: Elena (1944) y Mirta Bugni Chatard, Mirta Miller (1948).

Las niñas nacieron en una Argentina muy distinta, próspera en muchos aspectos, socialmente esperanzada, económicamente en creciente mejoría. Es el país que gobierna Juan Domingo Perón, el líder aupado por millones de votos proletarios y de clase media. Tras una primera etapa de notables avances sociales que le deparan gran consenso popular, devino en un dictador inflexible, con poder absoluto sobre los medios de comunicación y ferviente defensor de un omnímodo poder sindical a la usanza norteamericana, sostenido por matones sin escrúpulos. Eran tiempos peligrosos para quien siendo funcionario se negara a afiliarse al partido

gubernamental; y debía cuidarse mucho si tampoco participaba activamente en los mastodónticos actos en la vía pública en los que espontáneos y forzados cantaban loas al tirano: «Perón, Perón, qué grande sos... sos el primer trabajador», o también, «Aquí están, éstos son, los muchachos de Perón que unidos venceremos...».

«Mi padre rechazaba estas imposiciones políticas. Era un antiperonista que llegó a pasarlo bastante mal por negarse a afiliarse al partido del gobierno. También cuando murió Evita, en 1952. Aunque a ella la respetaba, como tantos que no eran del partido ni seguían ciegamente al general Perón, no le gustaba la manipulación dictatorial que se hacía de su nombre y tampoco la corrupción y la violencia del gobierno. Cuando ella murió, en los ministerios y en la mayoría de los sitios públicos, o en cualquier fábrica —porque los sindicatos peronistas mandaban en todas—, se obligaba a la gente a llevar luto en la ropa, una tela negra en el antebrazo o en el ojal de la americana, y aquel que no lo acataba corría peligro de sufrir una paliza o algo peor.» Retazos de recuerdos. En la casa familiar no se hablaba mucho. Apenas se comentaban los conflictos. Eran relaciones alimentadas de sobreentendidos, sostenidas con silencios y miradas. Tensiones ocultas de mayores que no saben expresar en público sus dificultades y menos aún ante dos niñas de las que siempre temen que les pase lo peor.

las monjas terribles

«Mi padre era un hombre muy elegante, encantador; le recuerdo siempre muy bien vestido, con sombrero, traje y corbata, muy querido por vecinos y compañeros, por su educación y también porque tenía un don especial para ayudar a la gente. Sin embargo, con mi hermana y conmigo fue muy duro, muy exigente. Ambos lo fueron, tal vez más mi madre, que era la que más estaba con nosotras y, por lo tanto, tenía mayor responsabilidad. La pobre no tenía mucha paciencia y estaba a la que saltaba. Por cualquier cosa me tiraba del flequillo. Para colmo, como mi hermana era tremenda, muy rebelde; pues si la castigaban a ella, también me castigaban a mí. Mis recuerdos de infancia son vagos, de una chica solitaria que prefería estar al margen, viendo pasar las cosas, en un rinconcito recortando muñecas de cartón. Lo que más recuerdo como algo muy doloroso es de cuando tenía cinco o seis años y tuvimos que mudarnos de casa. Dejamos una casa que recuerdo maravillosa, como de cuento de hadas. Allí debí tener amistades muy queridas y no sé cuántas cosas estupendas porque aún hoy me parece añorar ese mundo perdido. Siempre que estoy en Buenos Aires paso por allí, a verla por afuera. Al llegar te encuentras con unas grandes puertas de hierro forjado que llevan a un largo zaguán al que dan las puertas de varias viviendas. Recuerdo que subía por una gran escalera de caracol para llegar a mi puerta. A medida que subía, todo el mundo me parecía radiante, cálido, seguro... Sin duda, dejar aquella casa fue mi primera gran frustración.»

Como tantas familias de la época, aunque no fueran católicas practicantes preferían una educación de ese tipo, muy tradicional, como si de esa manera las futuras mujeres crecieran protegidas de todo mal, sobre todo del mal de los hombres. Para colmo eran los años de decadencia del peronismo, la Iglesia se enfrentaba a una Ley de Divorcio que consideraban por demás «pecaminosa», y del enfrentamiento circunstancial se pasaría a algo más grande y terrible: un golpe de Estado. Las monjas y los curas, en ese contexto tenebroso, para muchas familias parecen un refugio, el castillo donde se protege a las inocentes criaturas.

Así que los señores de Bugni Chatard las enviaron al colegio de monjas del Sagrado Corazón de María, donde el rigor moral se aplicaba con intransigencia bajo el célebre mandato de «la letra con sangre entra». En esa institución decidieron internar a su hermana Elena a los once años, pues de tan rebelde no podían con ella. Mirta, más bien sumisa, tenía siete años e iba de mediopensionista.

«En ese colegio pasamos cuatro años. Mucho, según se mire. Hasta que pasaron cosas que acabaron con la poca confianza que mi madre tenía en las monjas. Mi madre era muy especial,

en general me parecía demasiado dura, pero ahora que la recuerdo en aquellos años valoro mucho su educación. Eran tiempos complicados, en los que se tenía mucho miedo de dos crías a las que enseguida se asociaba con lo peor que le pudiera pasar a una mujer. Aunque era de pocas palabras, poco dada a los afectos, poco cariñosa, era capaz de gestos que aún hoy me emocionan. Resulta que las monjas la llamaron para decirle que habían encerrado en un cuarto oscuro a mi hermana porque la habían visto bailar. ¡Increíble! La habían condenado al cuarto oscuro porque “esa chica es un peligro, esa chica tiene el diablo en el cuerpo”. Luego también se enteró de que las hacían bañar vestidas, que a mí me obligaban a comer las odiadas lentejas y que con mucha facilidad se les iba la mano repartiendo guantazos. También se comentaban cuestiones sexuales con algunas chicas, pero la verdad es que yo de eso nunca vi nada. Pero mamá, en cuanto supo de las injusticias cometidas con nosotras, nos quitó del colegio. La directora habló con ella para que le autorizara a seguir castigando a Elena y ella respondió que hasta ahí habían llegado, que no nos dejaba ni un minuto más, y nos llevó a un colegio público. Con actitudes de este tipo, siempre me demostró una gran sensibilidad e inteligencia, pues en los momentos más duros supo tomar la decisión que más nos convenía a nosotras. De ella también me quedó la pasión por los animales: perros, conejos, gatos... unos seres que ayudan a ver el mundo de un color mucho más delicioso que el real, un mundo como de juguete. Entre los siete y los once años en que mi hermana estuvo interna en el colegio, yo permanecía mucho con mi madre, en realidad, más tranquila, porque mi hermana era muy dominante y una celosa tremenda.»

Entretanto, Mirta Bugni Chatard descubre poco a poco el deseo de independencia, de romper todo sometimiento. En aquellos años atisba la conquista de la más profunda libertad: la del propio cuerpo. La pequeña, luego adolescente, asiste a clases de la célebre escuela de teatro y danza Labardén. Se empieza a gustar ante los grandes espejos, forma arabescos con los brazos, señala con las manos hacia el cielo y la tierra, aprende giros, piruetas, descubre la flexibilidad, las sucesivas transformaciones de su figura: música, ritmo, disciplina, placer.

Baila la niña junto a la muchacha que puja por crecer en su interior. Bailando, ambas mujeres conforman una sola que intenta plasmar sueños aún imprecisos.

Ya se acerca a la explosiva novedad de los quince años en que su vida cambiará radicalmente. «Mis padres se separaron cuando cumplí los quince, en 1963. Siempre pensé que desde hacía mucho llevaban planificando esa fecha, para no hacernos daño. Mi hermana se estaba por casar con diecinueve años y yo ya no quería estudiar más. Entonces me hablaron con gran franqueza, sin ningún tipo de regañina ni nada: “Tendrás que decidirte: estudiar o trabajar”. Y no dudé en elegir trabajar. Pero la verdad es que no tenía mucha idea. Sin embargo, en cuanto empezamos a movernos con mi madre, empezó a salir muchísimo trabajo como modelo de publicidad y desfiles. Todo habría de cambiar muy rápido. Fue una época muy emocionante, y estaba tan ocupada trabajando día y noche que no tuve ocasión de sufrir su separación. Una separación muy tranquila, sin violencia, pero que sin embargo a mí me debe haber afectado mucho porque nunca quise casarme. Siempre, incluso muy enamorada, sentí auténtico terror a unirme a un hombre con todas las bendiciones.»

Uno de los hombres que varias décadas más tarde podría haberla hecho cambiar de idea, en aquel tiempo se encontraba en España tras toda una vida de exilio familiar en Italia y Suiza. En Madrid intentaba desembarazarse del largo pasado de angustias y decepciones. Era un joven apuesto, sin medios, fascinado por las mujeres y dispuesto a vivir con la mayor plenitud posible. Ante los ignorados quince años de Mirta, Alfonso de Borbón Dampierre, duque de Anjou por parte de Francia, cumplía veintisiete.

Siempre le había afligido la desventura de pertenecer a un gran linaje en decadencia, para la mayoría desprovisto de futuro. Integraba una familia desarticulada, con muchos problemas económicos y una enorme necesidad de afecto que reiteradamente sus más allegados le

cicateaban. Tenía más carencias que dominios, había vivido un drama muy lejano de los cuentos de príncipes y princesas que le hubiera gustado protagonizar.

humillados y ofendidos

Alfonso nació en Roma el 20 de abril de 1936, cinco años después que su abuelo, el rey Alfonso XIII, abandonara España para evitar una «fratricida guerra civil», y pocos meses antes de que esa temida guerra se desatara a las órdenes del general Franco.

Era hijo del heredero a la corona de España, don Jaime, duque de Segovia, primogénito del rey Alfon-

so XIII, y de Emanuela Dampierre, hija de la italiana donna Victoria Ruspoli, procedente de una familia de la «nobleza negra» papal y de Roger Dampierre, segundo duque de San Lorenzo.

Desde que dejó el país, Alfonso XIII se exilió en Francia e Italia. Por diversos motivos políticos y personales, de pronto se sorprendió a sí mismo dando tumbos como un mísero expatriado cuyas medallas apenas le abrían unas pocas puertas, cada vez de menor importancia. Le incomodaban las crecientes dificultades, detestaba convivir con gente que le reverenciaba por mera cortesía, vacía de poder y de respeto. Tras la admiración del principio, ya nadie le agradecía su gesto para evitar una matanza que finalmente se produjo.

En abril de 1931, tras la proclamación de la Segunda República, había dirigido un mensaje irrevocable: «Al país: [...] Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo [...] Resueltamente quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro en fratricida guerra civil [...] y me aparto de España, reconociéndola así como única señora de sus destinos».

En 1936, meses antes de estallar la contienda española, intentó apurar sus mejores contactos, personalidades e instituciones con las que había mantenido óptimas relaciones durante años. Intuía que estos lazos debía aprovecharlos al máximo, antes de que fuera demasiado tarde. Pero ya tenía muchos ejemplos de que había empezado un dramático declive; obvios ejemplos que se atrevía a percibir: visillos a través de los cuales

se le espiaba, correspondencia perdida, ventanas que se cerraban a su paso, pasajeros de carruajes que inexplicablemente no le reconocían. Muy pocos le prestaban atención, demasiados evitaban su encuentro. No tenía buena salud. Estaba fatigado. Las desilusiones le agobiaban.

En el Vaticano siempre le habían recibido con buen talante, como recompensa por los excelentes servicios del Estado español, pero allí tampoco las cosas eran como antes. En la Santa Sede intentaba gestionar el bautizo de su nieto Alfonso. Deseaba fervientemente que el anciano papa Pío XI, todavía vigoroso, bautizara al niño. Su papado había cosechado toda clase de éxitos, por su gran capacidad diplomática y enorme prestigio internacional. Las gestiones de Alfonso XIII estaban muy bien planteadas e incluso consiguió una cita, que se frustró, con los responsables de la organización. Nunca se sabrá si fue el propio pontífice o sus múltiples intermediarios quienes impidieron que el encuentro se llevara a cabo.

La situación no podía ser más patética: Su Alteza Real Alfonso XIII, el hombre que jamás había esperado a nadie ni diez minutos, tuvo que padecer un imprevisible plantón en la antesala de la sala de recepciones.

Rey desde los dieciséis, durante nada menos que veintinueve años, había superado dos atentados con bombas y un tercero con pistola casi a quemarropa, infinidad de revueltas sociales y la dictadura de Primo de Rivera.

Amable y encantador con las mujeres, simpático y de fácil trato también con personalidades no monárquicas, se acababa de convertir en uno más, uno del montón, dando vueltas sobre el encerado reluciente, ante los guardias suizos inmutables y entre el creciente nerviosismo de sus hijas, que le acompañaban. Iba y venía, mascullaba, le rondaba por la cabeza y el cuerpo entero el tormento de esperar, ese odioso y desconocido verbo. Hasta que pasados sesenta humillantes

minutos, se dio cuenta de que tras la ominosa espera se humillaría aún más pidiendo un favor al que no iba a poder corresponder como jefe de Estado.

En realidad, iba a suplicar el bautizo de un nieto como un pordiosero, un desgraciado, un don nadie.

El reconocimiento de tamaña impotencia le derribó emocionalmente. Le temblaron las piernas, notó que la espalda se le iba encorvando, sintió punzadas en las sienes. Tuvo la impresión de que el techo iba a caer sobre su cabeza. En su interior le estalló un ¡basta! rotundo, entrechocó los talones con arrogancia militar, tomó a las infantas de las manos y dijo un seco, inapelable: «Nos vamos».

Finalmente, su nieto Alfonso fue bautizado por el cardenal Pacelli (tres años más tarde, como Pío XII, «se convertiría en un cómplice de los campos de exterminio nazis», según el documentado estudio del alemán Rolf Hochhuth) en la capilla del palacio de su abuela, en el centro de Roma. El abuelo generoso que se divertía jugando a caballito con los nietos encima no pudo superar la sucesión de agravios y con sólo cincuenta y cinco años murió en el exilio italiano.

«La muerte de mi abuelo tuvo una consecuencia ineluctable sobre el plan dinástico: convertía a mi padre en primogénito y, por tanto, en cabeza de la casa de Borbón.»

Pero su padre era mudo a causa de una sordera de nacimiento. Un sordomudo, por muy aplicado que fuera en la lectura de labios y dominara ciertos ejercicios vocales que le permitieran hablar, no podía gobernar. Se le hizo firmar una carta en la que renunciaba a la Corona en nombre propio y de sus descendientes. Los derechos sucesorios pasaron a su hermano don Juan, padre del actual rey Juan Carlos I.

Alfonso siempre pensó que le habían arrebatado sus derechos naturales, la legítima y providencial sucesión que rige en la historia monárquica de España.

Un sentimiento que sería una llaga penetrante a causa de una serie de episodios cotidianos que hicieron muy doloroso su desarrollo. Y el de su hermano Gonzalo, nacido un año después que él. La infancia fue, en todo caso, su mejor época: un tiempo palaciego en el que muchos se ocupaban de ellos y muy bien, con entrañable afecto, diversiones y paseos inolvidables... Un espacio de tiempo breve en el crecimiento de cualquier persona, pero esencial para la maduración posterior. Dicen los padres de la psicología moderna que quien recibe cuidados y experimenta importantes sentimientos de cariño en los primeros años de vida podrá enfrentarse con vigor a lo que le toque vivir, por espinoso que le resulte.

Alfonso y Gonzalo, desde luego, cumplían con estas condiciones. De lo contrario no se comprende cómo resistieron golpes tan duros como los que siguieron a aquellos dulces años. Son como esas bicicletas para dos, en las que si uno abandona el pedaleo ambos pierden el equilibrio. Consolidaron una gran amistad, en la que Alfonso siempre se sintió responsable del menor; se impuso esa responsabilidad, el papel de duro del dúo, el chaval que debe hacerse hombre antes de tiempo. Cuanto más deprisa, mejor. Porque su padre era un hombre débil que se dejaba llevar por todo aquel que le prometía alguna protección.

«Hay que tener en cuenta que la sordera profunda que padecía mi padre era algo tremendo en aquel tiempo. Para entender lo que le decían no tenía más recurso que leer los labios, frente a frente, de uno en uno. Tal vez a dos personas a un tiempo si hablaban muy despacio, pero le resultaba imposible si había varios, y mucho menos si se trataba de una reunión hostil. Desde luego, todos los que se aprovechaban de él habían comprendido sus puntos vulnerables: un sordo tiene sentidos; tiene necesidad de ver (su memoria visual era legendaria); de tocar y de acariciar, por ejemplo a una mujer. La camarilla que rodeaba a mi tío don Juan, el conde de Barcelona, se dedicó a rodearle de atenciones.»

Y entre las atenciones predilectas de don Jaime, el sexo femenino potenciaba el desarrollo de una sensualidad desbordante, un entusiasmo adolescente que mantendría hasta su madurez. Pronto se separó de su esposa. Se desentendió notablemente de sus hijos.

Don Jaime de Borbón y Battenberg se prestó a aceptar a un desfile de damas y señoritas que le tomaron como presa fácil de todas las manipulaciones posibles. Malvivía con un reducido porcentaje de la herencia familiar, suplicando reiteradamente la generosa participación de su hermano Juan, quien nunca acudió en su ayuda. Con el tiempo sumó a sus muchos problemas el alcoholismo y murió con sesenta y siete años tras caer por una escalera y ser rematado con un botellazo por su esposa, la cantante alemana Carlota Tiedemann, también alcohólica.

el barco del olvido

«Dos años antes de morir —recuerda Alfonso en sus Memorias— mi padre me hizo esta confidencia reveladora, basada en el problema principal de todo el conflicto sucesorio, su renuncia al trono: “En 1933 le dije a mi padre [Alfonso XIII]: Con este problema que tengo no puedo trabajar; ¿de qué viviré? Me respondió con tono desengañado: Si renuncias a la corona no tendrás más problemas”.»

El último gran derrotado de la pugna sucesoria se confiesa sin subterfugios al hijo que tantas veces había abandonado. Es la confesión de un hombre que se sabe acabado. Alfonso le escuchaba con el temor de volver

a perderle cuando empezaban a recuperarle. Siempre tuvo una comprensión incondicional hacia ese ser tan débil, a merced del viento. Ni siquiera le culpaba en los tremendos días de angustia cuando fue separado de un hogar feliz en Italia, donde, entonces sí, la vida se parecía a la de los cuentos principescos y al levantarse por la mañana todo parecía posible. Incluso entonces, la imagen destartada del padre aparecía carente de maldad: «Era un hombre generoso, cálido, desprovisto de segundas intenciones, pero por su propia dolencia se abandonaba a los demás creándose una dependencia a menudo autodestructiva».

Cuando en 1947, con once años, se le lanzó a su segundo exilio, esta vez en Suiza, el muchacho sintió que todo se le derrumbaba. Su padre desapareció, no daba señales de vida, su madre decidió internarlo en un colegio alejado del mundanal ruido: austeridad, estricta disciplina, mala alimentación; estudió alemán, inglés y francés, pero soñaba con instalarse en España. Él y su hermano querían estudiar allí, en la tierra de su abuelo y su padre. Su madre consultó, buscó una alternativa. Tal vez ahora les dejaran volver. Sabía que en ese mismo año de 1947, el gobierno franquista acababa de promulgar la Ley de Sucesión, por la que su tío don Juan, conde de Barcelona, cedía el trono que nunca asumió (entre 1939 y 1975, el jefe de Estado absoluto fue Franco) a su primogénito, el actual rey de España, para suceder al Caudillo. Emanuela trasladó el ruego de sus hijos, pensó que tal vez hubiera posibilidades de que la presencia de los niños ya no resultara lesiva para las intenciones de don Juan o del gobierno español y pudieran hacer una vida normal junto a sus primos.

La petición fue rechazada. Años después, Alfonso reunió la información precisa sobre aquellos hechos:

«Una mañana de verano, el Azor, el barco del Caudillo, abandonó el puerto de San Sebastián para recorrer algunas millas. Casi simultáneamente, un velero navegaba a su encuentro con los dos hijos de Alfon-

so XIII, don Jaime, mi padre, y don Juan. La entrevista que tuvo lugar tenía relación con la restauración de la monarquía que el general Franco había decidido llevar a buen fin. La ley de sucesión del 26 de julio afirmaba que España era un reino y preveía que una persona de sangre real podía convertirse en jefe del Estado con el título de rey. Allí se estableció el tipo de educación que era conveniente dar a los jóvenes príncipes. Decidieron que Juanito, futuro Juan Carlos, y su hermano Alfonsito [que moriría en 1956] realizaran sus estudios en España. Mi

padre pidió lo mismo para nosotros, sin éxito. Es de suponer que a mi tío no le agradaría nuestra presencia en suelo español, que podía oponerse a sus intereses».

trompetas lejanas

Alfonso y Gonzalo visten el descolorido uniforme y obedecen con la dignidad que les corresponde, por educación, por rango y por talante.